

Matemáticas: Un Departamento en tiempos de la Movida.

El Departamento de Matemáticas de la UAM, tal y como hoy lo conocemos, dio sus primeros pasos a comienzos de los ochenta, soltándose a andar en tiempos de la “Movida”, como suele denominarse a la efervescencia de ánimos e ideas que tuvo lugar en esa década, recién estrenada la democracia, cuando una bocanada de aire fresco, descaro, desparpajo y ganas de disfrutar y cambiar las costumbres, se extendió por las Españas, siendo quizás los bandos del alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván, y el cine de Pedro Almodóvar los dos buques insignia más populares de aquellos tiempos.

Hubo, claro está, una época anterior, correspondiente a lo que podríamos llamar los últimos años del franquismo y la transición, en la que alguno de sus miembros desempeñó, al parecer, papeles poco airosos en los aciagos tiempos de aquel rector que, cuando fue ascendido a ministro, impuso un grotesco cambio de calendario académico y propició la expulsión de la UAM de varios profesores “desafectos al régimen”. Pero en torno al año 1980 se produjo una discontinuidad notable, que aconseja no dar demasiada importancia a esa etapa previa, ni a unos personajes que no tuvieron luego la menor influencia en la evolución posterior del Departamento.

Empero, en sentido estricto, el Departamento de Matemáticas no existía como tal en 1980, sino que era la División de Matemáticas la que englobaba a los departamentos de Álgebra y Fundamentos, Geometría y Topología, Ecuaciones Funcionales, Estadística e Investigación Operativa y Teoría de Funciones. Apenas unos treinta profesores divididos en cinco tribus distintas, siguiendo la moda francesa que se había instaurado en las Facultades españolas que gozaban de una mayor tradición que la nuestra en los estudios de Matemáticas. Fue esa estructura, que para simplificar podríamos llamar “modelo standard o complutense”, el que se propuso cambiar el pequeño grupo de “jóvenes profesores” que recaló en la UAM en torno a 1980, después de diversas experiencias, pre y postdoctorales, en Estados Unidos y Francia principalmente. La infraestructura era mínima y los medios muy precarios, pero las ganas de mejorar y el entusiasmo para hacerlo eran enormes, y con esas armas pudieron romper las iniciales resistencias que hubo para convertir a la División de Matemáticas de la UAM en un departamento moderno, fijándose en los modelos (Princeton, Chicago, París o Estrasburgo) que habían conocido algunos de aquellos profesores.

En una primera medida se consiguió que los cinco departamentos cesaran de funcionar como tales, dando todo el protagonismo a la División, que pasó a ser la “única responsable” de los asuntos de las Matemática en nuestra universidad, siendo entonces su director, elegido cada año, quien la representaba en la Junta de la Facultad. Un punto importante de ruptura con el modelo standard fue decidir que la docencia habría de ser compartida, con independencia de las áreas de conocimiento, y que se propiciase también la rotación de asignaturas como un vehículo eficiente de mantener una enseñanza equilibrada, al tiempo que se enriquecía el currículum docente de los profesores y se estimulaba entre ellos una visión más global de las distintas áreas matemáticas. Enseguida surgió la necesidad de elaborar un nuevo plan de estudios, inspirado en la práctica de los departamentos nodriza antes mencionados, tratando de propiciar una actitud más activa de los estudiantes a través de cursos cuatrimestrales, sin hacer separación de clases teóricas y prácticas, y adecuando los programas de forma más realista, reduciendo el número de horas lectivas y estimulando el trabajo personal de los alumnos. Para romper con la rutina de la toma sistemática de apuntes en clase, se puso un énfasis especial en sugerir buenos textos, algunos de los cuales (“Curvas y

Superficies” de Manfredo DoCarmo, “Fourier series and integrals” de Dym and McKean, o “Cálculo vectorial” de Marsden y Tromba) todavía están vigentes, pero nuestro departamento fue pionero en recomendar su uso en España. Cuando, a mediados de los ochenta, dos de nuestros profesores tuvieron que defender el plan que habíamos elaborado ante el Consejo de Universidades, recibieron críticas de aquella comisión de rectores que no entendían la disminución de horas lectivas a favor de una enseñanza mas activa y acorde con lo que se estilaba por otros pagos, pero nuestros argumentos acabaron convenciéndoles y el Consejo aprobó aquel plan que fue un hito en el camino de nuestro joven Departamento.

Durante los últimos tiempos del gobierno de la UCD vivíamos en la universidad una excitación continua en la que cada decreto parecía ser de una importancia insoslayable. Muchas veces no cabía sino bromear acerca de aquella nueva coyuntura tan crucial, y tan decisiva, que teníamos necesariamente que afrontar sin pérdida de tiempo. Junto a Antonio García Bellido, Francisco Yndurain, José María Serratosa, Alberto Galindo, Eladio Viñuelas y David Vázquez, entre otros, me recuerdo haciendo declaraciones en la radio, publicando escritos en la revista Nature y en los medios de comunicación, quejándonos de los pocos recursos y atención que recibía la ciencia en nuestro país. Formábamos una especie de comité oficioso por la ciencia, al que se nos pedía intervenir cada vez que alguna medida, por acción o por omisión, parecía perniciosa para el devenir de la ciencia en España.

En esa época el Ministerio publicó un decreto de “Plantillas Mínimas” que fue muy criticado en nuestra Facultad, pero que, sin embargo, a los matemáticos nos vino de perlas para aumentar la dotación de cátedras (entonces sólo había dos catedráticos, aunque teníamos cinco o seis profesores agregados, o protocatedráticos, en la División). Con esas plazas iniciamos una modesta política de atracción de buenos matemáticos de otras universidades a los que intentábamos convencer para que se unieran a nuestro proyecto. El caso de José Luis Rubio, quien vino desde Zaragoza, fue uno de nuestros mejores triunfos. Hubo, claro está, otros en los que no nos sonrió el éxito, pero se trataron de derrotas honrosas que atestiguan, de manera fehaciente, acerca de la voluntad de aquel embrión de departamento de matemáticas para que en la UAM floreciesen todas las áreas.

El día 23 de febrero de 1981 el seminario del departamento tuvo como orador a José Luis Rubio a quién entonces queríamos fichar. La fiesta que habíamos organizado para festejarlo tuvo que ser anulada por el lamentable episodio del asalto al Congreso de los diputados. En la enorme manifestación que días después recorrió las calles de Madrid en defensa de la libertad, participamos, caminando juntos, muchos compañeros del departamento. También solíamos compartir mantel y conversaciones en las que se ensoñaba un futuro lleno de teoremas excelentes obtenidos en Cantoblanco. El restaurante Virgilio, situado entonces al otro lado de la autovía, fue testigo de muchos de estos planes. Nuestra defensa del caso de las Matemáticas en las Juntas de Facultad propiciaba anécdotas muy sabrosas, sobre todo cuando se trataba de evaluar currícula, comparando sin más el número de publicaciones en áreas tan distintas. Nosotros defendíamos la norma del supremo y no la de la suma, aunque seguramente ahora se tendría en el Departamento una posición menos homogénea, habida cuenta de la virulencia de quienes practican lo contrario, pero entonces solíamos poner a Annals, Acta e Inventiones como ejemplos válidos para contrarrestar la avalancha publicadora de otras disciplinas. Una anécdota divertida en la Junta de Facultad la protagonizó Fernando Varela, entonces director de la División, quien señaló al Vicedecano que, de seguir su criterio de evaluación, la autora Corín Tellado quedaría muy por delante de

Miguel de Cervantes. También me recuerdo a mí mismo, en una coyuntura similar, citando a los Luthiers, por aquello de que “en rigor no es mejor por ser mayor o menor” la lista de publicaciones, se entiende.

En la última convocatoria de investigación que propició el gobierno de la UCD conseguimos que la Comisión Asesora nos financiase un macroproyecto que incorporaba a casi todos, y que nos permitió adquirir la primera fotocopiadora eficiente que hubo en el Departamento e iniciar la compra de monografías para nuestra muy precaria biblioteca, que apenas llegaba entonces a los doscientos volúmenes. De manera que los medios eran escasos, pero el grupo de jóvenes profesores que impulsó aquellos primeros pasos tenía las ideas bastante claras y las puso en práctica poniendo el énfasis en la investigación en áreas relevantes, propiciando las estancias en el extranjero de los miembros del departamento y las visitas al nuestro de excelentes matemáticos de fuera; elaborando un plan de estudios adecuado, dadas las circunstancias; creando una biblioteca de trabajo y no sólo de primeros auxilios; dotándose de medios informáticos y de fotocopia eficientes; teniendo presencia en las diversas comisiones de la universidad, presentando y defendiendo el caso de las Matemáticas en la UAM; y adoptando desde los comienzos un método de funcionamiento basado en el trabajo de comisiones (profesorado, docencia e investigación, entre otras) que ha sido bastante efectivo para organizar y distribuir las tareas. Un factor decisivo fue contar, entre otros, con el apoyo de matemáticos de la talla de Charles Fefferman, Luis Caffarelli e Yves Meyer, cuyas visitas y colaboraciones tanto nos animaron en aquella etapa.

Pero fue durante los primeros gobiernos del partido socialista cuando el Departamento recibió un impulso económico y unas dotaciones de plazas que le permitieron consolidarse, e incluso servir de referencia en la puesta al día de las Matemáticas en España. Aunque como bien dijo Simone Signoret, “la nostalgia es un error”, en fechas recientes hemos tenido ocasión de leer en la prensa, y de escuchar en algunas conferencias, alusiones muy positivas acerca de lo que aquellos años ochenta supusieron de impulso para el desarrollo de la ciencia española, en contraposición quizás con el estancamiento que vivimos años después. Desde mi punto de vista de actor modesto, pero protagonista al fin y al cabo en la política científica de aquellos años, me parece que el punto de partida fue el nombramiento de Juan Rojo como director de la CAYCIT y la formación de un grupo con Pedro Pascual y Roberto Fernández de Caleyá, entre otros, que se puso manos a la obra y de manera eficiente cambió el panorama. He aquí algunas de las iniciativas:

- Incrementar substancialmente la cantidad de dinero dedicada a financiar proyectos de investigación. Si en la convocatoria del Macroproyecto del Departamento que hemos mencionado antes fueron concedidos seis proyectos de Matemáticas en toda España, se pasó a financiar más de treinta, cantidad que aumentó en sucesivas convocatorias.
- Creación de un sistema de evaluación por pares, procurando obtener opiniones de la comunidad científica internacional.
- Racionalización de los nombres de las cátedras universitarias, de las áreas de conocimiento y de la estructura departamental. En nuestro caso decidimos, no sin vencer algunas resistencias, ser un único Departamento que tendría la misma estructura, atribuciones y normas de funcionamiento que la División. En este asunto, como también ocurriría con el plan de estudios, fuimos pioneros en la evolución de la universidad española.
- Creación de los complementos (sexenios) por investigación y evaluación de los investigadores.
- Organización de diversas jornadas de reflexión entre los investigadores más conspicuos de cada área, con objeto de detectar las necesidades de infraestructura y diseñar planes

de largo alcance. Un ejemplo fue el plan de bibliotecas de Matemáticas que surgió de la reunión que tuvo lugar en Segovia, organizada por la CAYCIT, en la que también se propuso la creación de un instituto de matemáticas.

Es sabido que durante esos años me tocó desempeñar el papel de matemático de referencia, formando parte de todas esas comisiones. Eso me llevó tiempo y energía, pero Rojo, Pascual y Fernández de Caleyá siempre acababan convenciéndome de que se trataba de una labor necesaria que tenía que hacer. Empero la anécdota personal es irrelevante en lo que atañe a esta evocación, lo que cuenta es que nuestro Departamento encontró una sintonía con las medidas del ministerio y pudimos tener tanto la dotación económica como el número de plazas suficientes, para que aquel desangelado lugar de 1979 acabara convirtiéndose en un Departamento donde se podía investigar, con una biblioteca interesante y visitado por colegas ilustres de otras tierras. Tuvimos varios proyectos de la CAYCIT, otro en colaboración con Caffarelli, Fefferman y Nirenberg, financiado por el comité conjunto Hispano-Norteamericano, y las llamadas acciones integradas con diversos departamentos franceses. Organizamos congresos internacionales y cursos de verano en la universidad Menéndez Pelayo, tanto en Ecuaciones Diferenciales como en Teoría de Números. Creo que no es una exageración afirmar que nuestro pequeño Departamento ejerció un cierto liderazgo en el panorama de la matemática española de los años ochenta.

Una primera crisis de convivencia ocurrió ya hacia 1983 cuando los profesores agregados (protocatedráticos) fueron estimulados a concursar a cátedras de las universidades españolas. Por entonces (creo que el profesor Azorín ya se había jubilado), yo era el único catedrático del Departamento pero, por haberme desempeñado antes en universidades extranjeras, o quizás por otras razones, no lograba entender que pasar de agregado a catedrático fuese algo tan importante, habida cuenta de que no había diferencias en el trato ni en la asignación de tareas y que tampoco el sueldo era muy distinto. Más ese no era el caso de los afectados, y todavía me resulta difícil olvidar el ambiente tenso y mezquino que se produjo en aquella coyuntura.

El empeño de crear un “foco” de matemáticas en la UAM alcanzó sus límites naturales en el momento en el que nuestros doctores no eran contratados en las otras universidades españolas (aunque sí lo eran en USA), y permanecían un año tras otro aquí, con unos contratos muy precarios; o cuando nuestros profesores titulares, seguramente en posesión de unos buenos currícula respecto a la media nacional, tenían serias dificultades, por decirlo de manera suave, para acceder a cátedras de otras universidades. Estas circunstancias atacaron duramente nuestra línea de flotación: disponer de un número adecuado de plazas que ofrecer cada año a recientes doctores de otras universidades que traen sus ideas y proyectos, integrándose y renovando los propios del Departamento, era un “sine qua non” para que este creciera y mantuviese una buena salud científica. Promocionar sistemáticamente a los propios empobrece la biodiversidad y favorece en demasía el aumento del número de investigadores en áreas muy parecidas. Mantener a personas competentes en su trabajo docente e investigador durante años y años (mucho más allá de un límite tolerable) sin un contrato adecuado que garantice la estabilidad, o sin unas perspectivas de promoción en otras universidades, es un trato impropio en estos tiempos. Esta situación produjo un deterioro en el trato y en las maneras que, anécdotas personales aparte, han incidido muy negativamente en la vida y en el trabajo del Departamento.

El crecimiento del número de profesores y alumnos de doctorado experimentado en los ochenta, sobrepasó la capacidad de los locales que ocupábamos: tres plantas del C-XVI,

que era el módulo que compartíamos con IBM, y dos en el C-V. Así que el Claustro de la Universidad aprobó la construcción de un edificio para los matemáticos. Junto a otros compañeros recuerdo haber participado en varias reuniones con el arquitecto encargado del proyecto, quien fue aceptando nuestras sugerencias y diseñó un edificio con un amplio patio interior ajardinado al que tendría salida la biblioteca, provisto de una fuente rumorosa y rodeado por un claustro de columnas adornado de azulejos sevillanos. Este edificio iba a tener un hermano más voluminoso que ocuparían los biólogos, con el que estaría conectado por una zona de servicios compartidos. Pero esta última circunstancia se convirtió en un gran problema cuando, a finales de los ochenta, el equipo del entonces rector Cayetano López constató que el Departamento de Biología había crecido tanto que el edificio planeado para acogerlo se había quedado pequeño. Y la solución más fácil consistió en asignarles también el que había sido pensado para Matemáticas. Se trataba de algo muy irregular, por cuanto se contravino una decisión claustral sin que otro Claustro la revocara, y que exigió la complicidad de una parte del propio Departamento de Matemáticas. Pero aquel rector era un político bien pertrechado en el arte de dividir a la oposición, de tal manera que quienes tratamos de oponernos a sus medidas fuimos puenteados por otros compañeros que habían sido contactados adecuadamente por el rector.

Esta historia expresa claramente que, en diez años escasos, el Departamento se había convertido en un colectivo bastante complejo, contribuyendo al gobierno de la Universidad con varios vicerrectores, vicedecanos y algún decano. Empero, su final conocido se encuentra en el módulo C-XV que ahora usufructuamos, con sus seminarios anaeróbicos desprovistos de ventanas y que, otra vez, se nos ha quedado pequeño. Washington University (S. Louis, Missouri) ha pasado a ser el centro extranjero con más doctores entre nuestro profesorado, y el modo de organización más jerárquico que se estila en ciertas escuelas francesas se ha hecho también notar, propiciando ambos fenómenos, juntos o por separado, algunos cambios ostensibles en la vida departamental. Pero describirlos nos sacaría de los límites temporales de la Movida y nos hundiría en la grisalla de los noventa.

A pesar de su juventud, del Departamento de Matemáticas de la UAM ha tenido pues una vida rica y creemos que provechosa. Ha habido también algunas bajas muy dolorosas en el grupo original: José Luis Rubio murió en 1988 dejándonos una obra y un ejemplo a seguir, su figura la recordamos cada año con motivo de la conferencia de Análisis Armónico que se imparte en su memoria. Mari Carmen Gazólaz nos dejó en 1993, pero con su lucidez y dulzura ejerció una gran influencia en los proyectos del Departamento durante esos años, contribuyendo a la organización de la docencia, especialmente en Geometría, y a la investigación con sus problemas de Topología que había trabajado en Princeton con W. Thurston y que están tan de moda en estos tiempos. Pero es mejor acabar esta evocación antes de que se nos quiebre la escritura.

Antonio Córdoba
Catedrático de Análisis Matemático